

El diálogo entre la Iglesia y la cultura contemporánea

El diálogo de la Iglesia con las culturas de nuestro tiempo es un campo vital donde se juega el destino del mundo.

Juan Pablo II

Por GUSTAVO ANDÚJAR ROBLES

Introducción

La inserción del cristiano en el mundo y la necesidad de que su opción de fe impregne no sólo sus actos explícitamente religiosos, sino su vida toda, siempre se ha expresado de muchas maneras en la vida de la Iglesia. “No te pido que los sa-

ques del mundo, sino que los preserves del Mal” (Jn 17, 15), pedía el Señor en su oración de la Última Cena. La *Carta a Diogneto*, un bellissimo testimonio de ese empeño por expresar a Cristo en todos los hechos de la vida, confeccionada en los primeros siglos del Cristianismo, ya destaca cómo los seguidores de Jesús, si bien se diferencian de los demás por su proyecto de vida, se

desenvuelven en los mismos ambientes, acuden a las mismas escuelas y desempeñan los mismos oficios que todos los que los rodean.

En las antípodas de la hipocresía y la doblez de los escribas y fariseos, que Jesús denunció con las palabras más duras de todo su Evangelio, se coloca el tradicional empeño cristiano por lograr una verdadera unidad fe-vida, sin distinciones racionaliza-

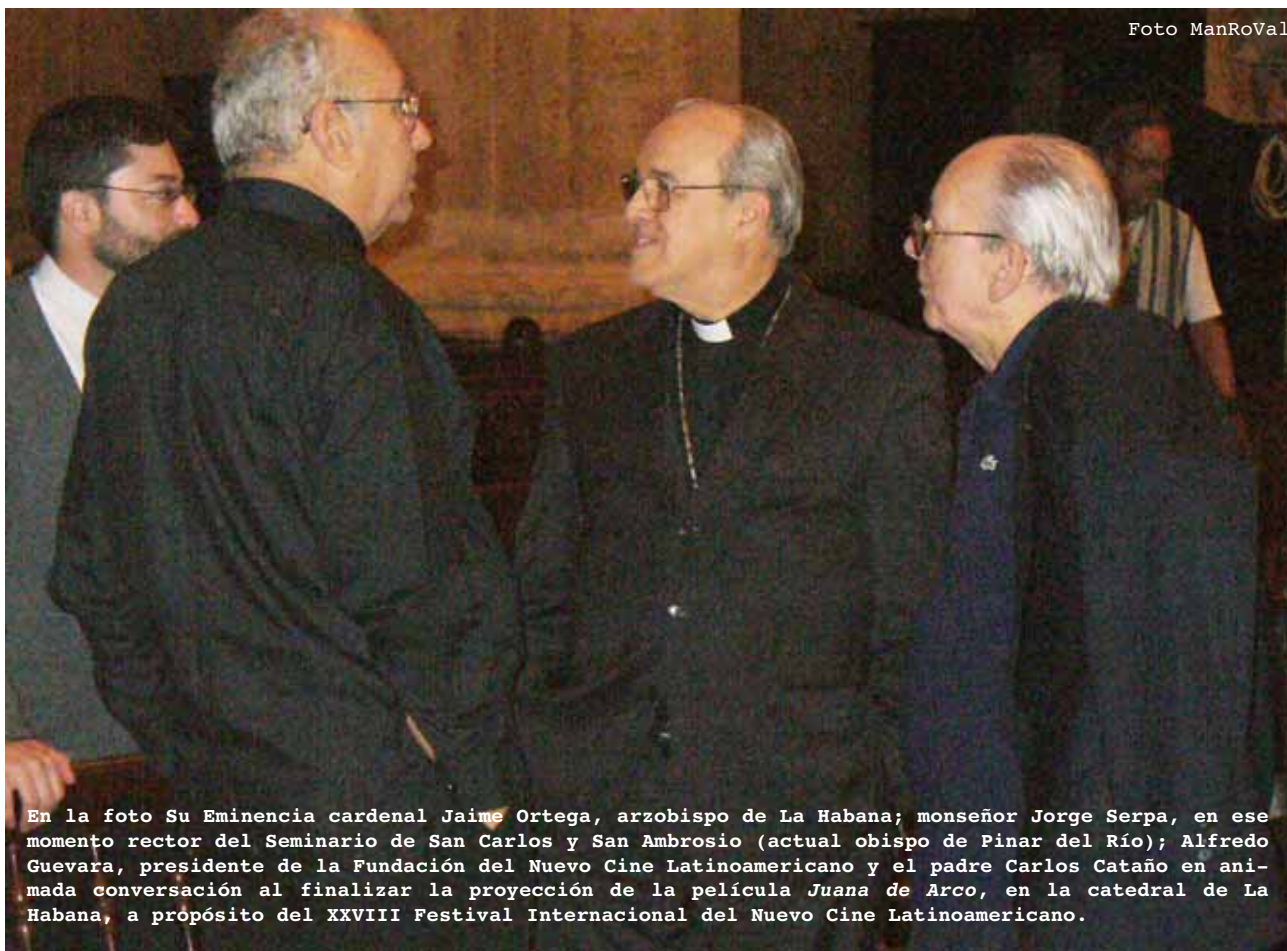


Foto ManRoVal

En la foto Su Eminencia cardenal Jaime Ortega, arzobispo de La Habana; monseñor Jorge Serpa, en ese momento rector del Seminario de San Carlos y San Ambrosio (actual obispo de Pinar del Río); Alfredo Guevara, presidente de la Fundación del Nuevo Cine Latinoamericano y el padre Carlos Cataño en animada conversación al finalizar la proyección de la película *Juana de Arco*, en la catedral de La Habana, a propósito del XXVIII Festival Internacional del Nuevo Cine Latinoamericano.

das artificialmente entre lo que se cree y lo que se dice y hace –o se deja de decir y hacer-, que a veces nos alejan del ideal cristiano más por omisión que por acción.

Por otra parte, el pensamiento cristiano ha superado paulatinamente la intuición de la cristiandad medieval de que la única posibilidad de santificación residía en el alejamiento del mundo, imponiéndose el reconocimiento de la autonomía de “lo secular” y una creciente apreciación de los valores existentes en ese dominio.

En este contexto, el concepto del **diálogo Iglesia-cultura** se ha ido perfilando, cada vez con mayor precisión, sobre todo a partir del Concilio Vaticano II, en cuyas constituciones *Gaudium et spes* y *Lumen gentium*, si bien no se emplea la expresión como tal, sí se plantea con claridad meridiana una nueva y más positiva apreciación de las realidades temporales y una concepción de la evangelización que va mucho más allá del anuncio explícito del Mensaje y de la sacramentalización y que, en especial en el caso de los laicos, destaca en forma iluminadora su rol en la santificación del mundo y sus estructuras.

Evangelización de la cultura e inculturación del Evangelio

Tal es la expresión en la que más felizmente se ha plasmado la misión de la Iglesia en relación con la realidad temporal que ella debe transformar con la fuerza del Espíritu: impregnar con los valores del Evangelio la cultura en que se vive, para lo cual se hace necesario expresar el anuncio evangélico en términos inteligibles y significativos para los hijos de esa cultura. Son palabras que sugieren una dialéctica de interrelación, de doble influjo mutuamente enriquecedor que caracteriza lo que debe ser un **proceso** de creciente acercamiento a la Verdad, en el que el evangelizador resulta también evangelizado.

El hecho de que vivimos inmersos en una cultura, en la que nos formamos y desarrollamos, convierte a ésta en objetivo prioritario del empeño evangelizador. No puede plantearse la evangelización de las personas como si fueran entes ajenos a su ambiente. Cuando hablamos de “nuestra vida cristiana” no estamos hablando de otra cosa que de nuestra vida ordinaria, si la vivimos como verdaderos cristianos. La persona evangelizada vive su fe, la piensa y la pone en práctica, la conversa y la anuncia y la ejemplifica en cada palabra y acto, y así, sólo así, la comunica creíblemente a los demás. El convertido busca cumplir el ideal paulino: “...y ya no vivo yo, pues es Cristo quien vive en mí” (Gal 2, 20).

Una de las mejores síntesis de estos conceptos es la que nos dejara Pablo VI en ese documento extraordinario que es la Exhortación Apostólica *Evangelii Nuntiandi* (1975), especialmente en los párrafos que describen lo que hemos llamado “evangelización de los ambientes”:

“...la Iglesia evangeliza cuando, por la sola fuerza divina del Mensaje que proclama, trata de convertir al mismo tiempo la conciencia personal y colectiva de los hombres, la actividad en la que ellos están comprometidos, su vida y ambiente concretos.

...Para la Iglesia no se trata solamente de predicar el Evangelio en zonas geográficas cada vez más vastas o poblaciones cada vez más numerosas, sino de alcanzar y transformar con la fuerza del Evangelio los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras y los modelos de vida de la humanidad, que están en contraste con la Palabra de Dios y con el designio de salvación.

...lo que importa es evangelizar –no de una manera decorativa, como con un barniz superficial, sino de manera vital, en profundidad y hasta sus mismas raíces– la cultura y las culturas del hombre...” (EN, 18-20).

Según Juan Pablo II, en discurso pronunciado en enero de 1982: “...*la fe que no se hace cultura, no ha sido plenamente acogida, no ha sido totalmente pensada, no ha sido fielmente vivida*”.

Son conceptos que valen para todas las culturas y para cualquier cultura, porque el Evangelio de Jesucristo se anuncia para todo hombre y todos los hombres: “...*el Evangelio, y por consiguiente la evangelización, no se identifican ciertamente con la cultura y son independientes con respecto a todas las culturas. Sin embargo, el Reino que anuncia el Evangelio es vivido por hombres profundamente vinculados a una cultura y la construcción del Reino no puede por menos de tomar los elementos de la cultura y de las culturas humanas. Independientes con respecto a las culturas, Evangelio y evangelización no son necesariamente incompatibles con ellas, sino capaces de impregnarlas a todas sin someterse a ninguna*” (EN, 20).

Diálogo

Mucho ha cambiado el mundo desde que estas palabras fueron publicadas, y ciertamente la distancia que nos aleja hoy de estos objetivos parece haber crecido. De hecho, los tres últimos decenios han visto un avance importante de una cultura de muerte y el creciente imperio de criterios relativistas. Hoy más que nunca es necesario el diálogo Iglesia-cultura.

Y es que la relación Iglesia-cultura nos la planteamos en términos de **diálogo**. Este es un término particularmente afortunado, que suscita sólo asociaciones positivas: interrelación, comunicación, intercambio, todas ellas con connotación de enriquecimiento mutuo, de apertura al otro desde el reconocimiento y la aceptación cordial de su “otredad”. El diálogo, así enfocado, no es una circunstancia, una situación concreta en la que se ve uno involucrado en un momento dado, sino un estilo,

una actitud hacia la vida y los demás, un modo de ser y relacionarse.

El diálogo es una de las ideas-fuerza del Vaticano II. Tal como lo propone el Concilio, se ofrece desde el reconocimiento de la propia pobreza, libre de oportunismos e intenciones manipuladoras, y por ello mismo ajeno a mimetismos y simulaciones: el diálogo verdadero sólo se da desde la propia identidad, asumida y expresada humilde, pero inequívocamente.

Muchas y muy gratificantes experiencias ha tenido y tiene la Iglesia en Cuba en su activo diálogo con el mundo de la cultura del país. La privilegiada relación que la Iglesia universal ha mantenido históricamente con los artistas de la plástica, los músicos, y todos aquellos "...que con apasionada entrega buscan nuevas «epifanías» de la belleza para ofrecerlas al mundo a través de la creación artística" (Juan Pablo II, Carta a los artistas, 1999), se da también entre nosotros, extendida a escritores y educadores, filósofos y científicos, probablemente con más intensidad y calidez que en cualquier momento anterior de nuestra historia.

A los siempre apreciados conciertos y exposiciones de artes plásticas en templos y salones de la Iglesia, se han añadido, con notable capacidad de convocatoria, concursos y premios a la creación artística y literaria, y una variedad de encuentros de diverso formato: conferencias, talleres, seminarios y cursos, que amplían adecuadamente el universo de este diálogo a todo el mundo de pensamiento de la Isla. Asumiendo el riesgo de incurrir en graves omisiones, habría que mencionar acontecimientos como la celebración del Congreso de Bioética y las jornadas anuales que celebra el Centro de Bioética Juan Pablo II, los Congresos de Historia de la Iglesia en Cuba de la Arquidiócesis de Camagüey, y los encuentros mensuales del Aula Fray Bartolomé de las Casas; la presencia de jurados católicos en diversos festivales y concursos de cine, video, radio y TV; la celebra-

ción del Simposio *Ciencia, Religión y Fe: ¿un diálogo posible?* y los diversos seminarios sobre pensamiento cubano, organizados por el Equipo de Reflexión y Servicio del Arzobispado de La Habana, así como el encuentro celebrado en la Diócesis de Santa Clara en ocasión de la celebración del Día de la Cultura Nacional; los aportes de la Iglesia a la conservación del patrimonio cultural nacio-

**... la relación
Iglesia-cultura nos la
planteamos en
términos de diálogo. Este
es un término
particularmente
afortunado,
que suscita
sólo asociaciones
positivas:
interrelación,
comunicación,
intercambio, todas ellas
con connotación de
enriquecimiento
mutuo, de apertura al
otro desde el
reconocimiento y la
aceptación cordial
de su "otredad".**

nal, como el decisivo apoyo dado por la Arquidiócesis de Santiago de Cuba en el rescate de una parte importante de nuestra herencia musical; la restauración arquitectónica y artística por la Diócesis de Bayamo de la más valiosa capilla de su Catedral. Son muchos eventos y acciones, que el espacio disponible no permite relacionar exhaustivamente y en los cuales participan activamente numerosos representantes de ese amplio sector de pensamiento del país. Ellos ilustran el alcance y vigor de ese diálogo, manifestaciones del cual son también importantes reconocimientos a personalidades católicas, como el nombramiento de monseñor Carlos Manuel de Céspedes como miembro de número de la Academia Cubana de la Lengua, y del laico católico camagüeyano, doctor Roberto Méndez, como miembro correspondiente de la misma Academia, o el

otorgamiento al laico habanero Don Pedro Herrera de la Distinción por la Cultura Nacional.

Nunca olvidaré la impresión que me causó la acogida dispensada a las palabras del Santo Padre Juan Pablo II por los asistentes a su encuentro con el mundo de la cultura en el Aula Magna de la Universidad de La Habana. No fue sólo la larga ovación que siguió a su discurso, sino el lenguaje corporal de la gran mayoría de los convocados: las miradas que intercambiaban, sus señales de asentimiento, sus gozosas expresiones de aprobación. Recuerdo que salí aquella noche profundamente convencido, no sólo de que la Iglesia tiene cosas importantes que decir al mundo de la cultura, sino de que muchas veces subestimamos la capacidad de ese mundo para escuchar y asumir como propio lo que la Iglesia dice.

No pretendo ignorar ingenuamente las dificultades inherentes a un diálogo como éste, en particular en esta época de evolución acelerada de las corrientes de pensamiento, muchas indiferentes, y aun hostiles, a veces con insólita virulencia, al mensaje evangélico. Debemos evitar, sin embargo, prevenciones y prejuicios, y abrirnos a unos espacios y unas posibilidades que nos sorprenderán favorablemente las más de las veces.

Multiforme y dinámica, la realidad de este diálogo en marcha nos interpela y convoca. Responsabilidad grande ésta que tenemos los católicos todos, pero de manera especial los laicos, de hacer presente a la Iglesia en el mundo de la cultura y mantener un diálogo activo y fructífero con él. Tarea eminentemente laical no por circunstancias de suplencia, sino por propia vocación. Es en el mundo, nuestro campo de acción específico, y con ese estilo dialogal que debemos promover sin descanso, que cumplimos también la misión evangelizadora confiada a toda la Iglesia.

